

*equivale a decir que al menos parte de la financiación de los servicios públicos es atendida con fondos comunes captados por el Estado por medio de sus instrumentos propiamente tributarios, es decir, no ha sido posible imponer las tasas en toda su plenitud sino que ha sido necesario combinarlas con los tributos generales del sector público.*

Otro aspecto interesante de este trabajo es la refutación de ciertos mitos históricos que han influido siempre en las ideas tradicionales sobre finanzas públicas. Por ejemplo, aquella de que el partido liberal ha sido siempre amigo de la tributación directa y el conservador de la indirecta. De acuerdo con Rojas y Alviar, este prejuicio fiscal no tiene ningún fundamento:

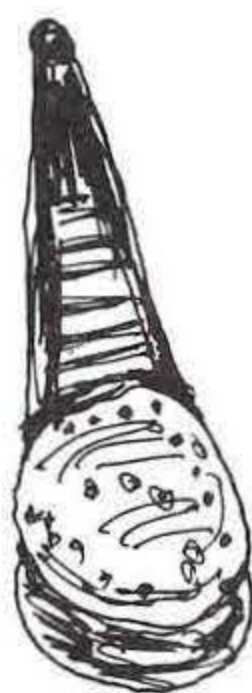
*En el siglo XX, como ya lo habíamos dicho para el siglo XIX, son pocas las diferencias de política fiscal entre los partidos. Si durante la centuria anterior ambos partidos coincidieron en su leseferismo fundamental, en ésta se encuentran en su intervencionismo moderado, realizado por medio de todos los recursos fiscales que les permiten las condiciones políticas y sociales. Poco importa que se trate de impuestos directos o indirectos.*

Y, naturalmente, los autores no adhieren a este falso maniqueísmo entre tributación directa e indirecta que a menudo se formula en nuestra país: su línea es mucho más pragmática y más realista. Consideran que una sociedad como la colombiana requiere indefectiblemente de una dosis de tributación directa y otra de tributación indirecta; e inclusive tienen reflexiones bien interesantes demostrando cómo el impuesto al valor agregado no necesariamente conduce a desequilibrios o a regresividades en la estructura tributaria. Donde la regresividad se está generando es en los mismos impuestos directos, en los que, por deficiencias en la administración tributaria,

existe un bache cada vez mayor entre los objetivos de la tributación directa y su melancólica aplicación.

*Elementos de finanzas públicas en Colombia*, que en cierta manera fue un libro póstumo, puesto que el doctor Óscar Alviar había fallecido en el momento de su publicación, ocupará sin lugar a dudas punto de obligada referencia en los estudios fiscales y en la bibliografía fundamental de la hacienda pública en nuestro país. Este trabajo pertenece, como los mismos autores señalaron de la obra de Esteban Jaramillo, al linaje científico-humanista de los estudios de finanzas públicas colombianas: linaje propio de los trabajos llamados a mantener actualidad.

JUAN CAMILO RESTREPO S.



## Desde la colonia hasta nuestros días

**Economía y nación**

Salomón Kalmanovitz

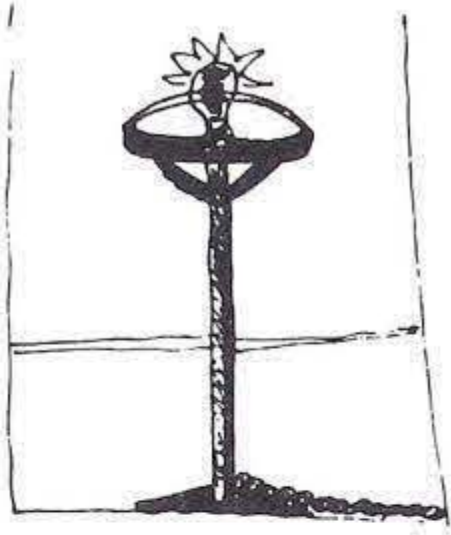
Siglo XXI—Cinep—Universidad Nacional, Bogotá, 1985

El nuevo libro de Salomón Kalmanovitz recoge un conjunto de trabajos escritos por él a lo largo de diez años, ordenados y actualizados para presentar una visión completa de la historia colombiana desde la Colonia hasta nuestros días. La obra representa, sin duda, uno de los ensayos más ambiciosos que se hayan realizado para reinterpretar la historia económica y social del país (más la primera que la segunda), nutriéndose de lo que el autor ha denominado el “fundamentalismo marxista”.

El libro debe valorarse, por su contribución a la *interpretación* de los sucesos colombianos. En relación con las fuentes empleadas conviene destacar, sin embargo, el gran esfuerzo —notable en sí mismo— por abarcar la considerable bibliografía histórica del país. Dejaré a los historiadores del período colonial y a los estudiosos de nuestro pasado político que evalúen las hipótesis que plantea Kalmanovitz acerca de estos temas y concentraré mis esfuerzos en unas breves consideraciones sobre dos aspectos que asumen un papel central en la obra: el “enfeudamiento” del siglo XIX y los orígenes del capitalismo moderno en nuestro país.

El problema central de la obra en lo relacionado con el primero de estos debates es la adopción, a mi juicio excesivamente rígida, de los conceptos marxistas de *feudalismo* y *capitalismo*, que oculta las complejas formas “intermedias” que son típicas de los procesos históricos y de toda sociedad concreta. En forma gráfica, podría quizás afirmar que Kalmanovitz, siguiendo los lineamientos teóricos anotados, tiende a ver el mundo en blanco y negro, cuando la historia y la realidad están dominadas por tonos grisáceos.

Sería demasiado largo intentar analizar aquí si el pasado colombiano exhibe características “feudales”, como piensa Kalmanovitz o, para tal propósito, como pensaban los liberales reformistas de los años veinte y treinta. Acordemos simplemente que la mano de obra rural estuvo “atada” a la tierra hasta comienzos del siglo XX (y en ciertas regiones hasta hoy) por formas de sujeción económica radicalmente diferentes del capitalismo moderno, que se apoyaban además en el poder político y en el catolicismo, como fuente de cohesión ideológica en este último caso. Sin embargo, la forma como la mano de obra se “liberó” de estas ataduras precapitalistas no dio paso súbitamente al proletariado moderno sino a múltiples formas que poco se le parecían: el peonaje, la aparcería, ciertas modalidades de arrendamiento de la tierra, etc.



Una de estas modalidades de “liberación” de la mano de obra fue la emigración hacia zonas de frontera, donde el poblador rural buscaba establecerse como colono independiente, con una posesión de hecho sobre la parcela que cultivaba. En otros casos, la colonización no adoptaba estas características, sino que se articulaba al proceso de apertura de fronteras agrarias por parte de grandes propietarios. Así aconteció en algunas zonas de colonización antioqueña, costeña o cundinamarquesa. En algunas de estas zonas, las viejas “relaciones de producción” se transplantaban mediante diversas modalidades de arrendamiento de la tierra. Pero ello no significa que las relaciones de trabajo se reprodujeran en forma idéntica y, menos aún, que se tornaban crecientemente “serviles”. Por el contrario, las zonas de colonización, así fueran dominadas por los grandes propietarios, no permitían que fructificaran las viejas formas de trabajo, entre otros motivos porque se desenvolvían bajo una crónica escasez de mano de obra y porque los campesinos podían garantizar su libertad movilizándose hacia nuevas regiones.

Los estudios de Marco Palacios y Malcom Deas sobre las haciendas cafeteras de Cundinamarca han ilustrado claramente este punto. Palacios enfatiza, en particular, la tendencia hacia el fortalecimiento de la economía campesina en el interior de las haciendas cafeteras, es decir, hacia la mayor libertad de los arrendatarios y no hacia el “enfeudamiento”. Este proceso se desarrolló en forma tal que desembocó en violentos enfrentamientos en los años veinte y treinta del siglo XX, en los cuales los campesinos lograron lo que faltaba para consolidar el proce-

so: la propiedad de la tierra. Sospecho que muchos de los enfrentamientos en torno a la propiedad que han plagado la historia republicana del país hasta nuestros días, cuyos focos han sido siempre las zonas de colonización, reflejan un proceso similar.

Las formas mediante las cuales la mano de obra se “liberaba” de las ataduras “semifeudales” eran así muy diversas e incluso podían sobrevivir con la apariencia de viejas formas de arrendamiento. Es decir, estas últimas podían corresponder a “relaciones de producción” muy diversas. La dificultad de Kalmanovitz para aceptar este punto afecta irremediablemente su análisis del surgimiento del capitalismo moderno en Colombia. En efecto, si se exceptúa el núcleo antioqueño (y quizás el santandereano), donde las ataduras de la mano de obra a la tierra eran débiles y donde, por lo tanto, la “liberación” de la fuerza de trabajo no constituía un problema especial, el autor no puede disimular su sorpresa ante la forma como el capitalismo irrumpió en varias zonas del país a comienzos del siglo XX. A mi juicio, la única forma de entender esto es precisamente observando cómo, en contra de lo que cree Kalmanovitz, el siglo XIX no fue de “enfeudamiento” sino todo lo contrario, de ruptura (larga y penosa, sin duda) de aquellas fuerzas que impedían la libre movilidad de la mano de obra, la tierra y el capital, proceso que tuvo lugar a pesar de la resistencia de sectores significativos de la sociedad (los señores esclavistas, la Iglesia, etc.) y de los retrocesos que experimentó en el terreno político.

Un tema polémico adicional se relaciona con las fuerzas que jalaron la transición al capitalismo moderno. Reconozco que el autor está en lo correcto cuando subraya la importancia de los cambios en las “relaciones de producción” y resalta el carácter “endógeno” (o mejor “interno”) de este proceso. El debate central no se relaciona, sin embargo, con la importancia trascendental de esta transformación sino, más bien, con el papel que desempeñaron los cambios en la economía internacional so-

bre la velocidad y las modalidades que adoptó en América Latina y en nuestro país.

En un libro sobre el comercio exterior colombiano en el siglo XIX he sostenido precisamente que la dependencia externa de Colombia determinó en gran medida las modalidades del proceso de desarrollo colombiano en el siglo XIX. La clásica hipótesis de la Comisión Económica para América Latina (Cepal) sobre el desarrollo latinoamericano indica, igualmente, que las rupturas de la economía internacional durante la primera guerra mundial y la crisis económica internacional de los años treinta, determinaron también las modalidades del proceso de desarrollo en el siglo XX, en particular su reorientación hacia el mercado interno y la activa intervención del Estado en la economía. Ni una ni otra hipótesis, duramente castigadas por Kalmanovitz, niegan que en el transcurso del proceso se experimentó una transformación profunda de las “relaciones de producción”. Lo que quieren destacar es, simplemente, que esta transformación estuvo sujeta a los vaivenes de la economía mundial y a las formas particulares de articulación de nuestros países con los centros económicos internacionales. En otros términos, los acontecimientos “exógenos” determinaron las características de las transformaciones “internas” que experimentaron las economías latinoamericanas.

En las ciencias sociales, el avance del conocimiento depende de polémicas abiertas, cargadas muchas de ellas de contenido ideológico y, por ello, posibles únicamente en países democráticos. Por este motivo, no creo que sea un defecto sino, más bien, una virtud que Salomón Kalmanovitz intente en su libro rescatar la validez de hipótesis derivadas del “fundamentalismo marxista” para el análisis de la historia de nuestro país. De esta manera, aunque no concuerdo plenamente con las tesis planteadas en el libro, estoy convencido de que constituye una contribución significativa al debate histórico colombiano. Los historiadores de una

y otra escuela de pensamiento deberán nutrirse así de esta obra, que mira desde nuevos ángulos el pasado y el presente de nuestro transcurrir social.

JOSÉ ANTONIO OCAMPO

## Los títeres respiran aire no contaminado

Teatro de títeres para niños,  
antología colombiana.

Tres Culturas

Editores, Bogotá, 1985, 80 págs.

Siguiendo los pasos de la colección de Samper Ortega y de una antología publicada en 1942 por el ministerio de educación, Tres Culturas Editores lanza de nuevo una verdadera primicia bibliográfica: después de haber publicado el año pasado una antología de teatro colombiano, esta vez nos presenta, pulcramente editada, como la anterior, una antología de titiriteros colombianos, edición tal vez aún más curiosa, si se tiene en cuenta que el género es de más difícil acceso que el teatral propiamente dicho. El libro contiene una muy útil información biográfica de los autores de los grupos seleccionados. Claro que no todos los exponentes importantes fueron incluidos, cosa por lo demás imposible de lograr en esta primera edición, pero sí tal vez los más significativos para formarse una idea de lo que ocurre con el género en Colombia.

La parte antológica viene precedida de notas de Carlos Nicolás Hernández, filósofo de la Universidad Nacional y coautor de la anterior selección de teatro de la misma casa editora, y de Jairo Aníbal Niño, gran practicante y conocedor, como se sabe, del arte guiñolesco, premio Enka de cuento para niños y director de la escuela de títeres anexa a la de Arte Dramático. Respaldada por estos nombres, no sorprende que la selección haya sido tan acertada.

Los títeres se están poniendo de moda, pero son, al mismo tiempo, casi absolutamente desconocidos en

cuanto a su evolución histórica y estilística entre nosotros. Las máscaras indígenas minúsculas que adornan cada pieza de la antología tienden a mostrar, acaso, que el género cuenta en nuestro medio con una trayectoria de muchos siglos, pero, en realidad, es algo que no sabemos. Esta modalidad dramática es, sin embargo, vigorosa y abundante en nuestro país hoy en día, mucho más de lo que uno se imagina, pues hasta existe una asociación de numerosos titiriteros que han organizado festivales regionales en provincia, han participado en los festivales de Manizales recientes e incluso han participado en certámenes internacionales como el Primer Encuentro Colombo-Francés de Títeres, auspiciado por la Alianza Colombo-Francesa, el gobierno francés y algunas instituciones colombianas, en septiembre pasado en Bogotá. Incidentalmente, es lástima que la presente antología no hubiera aparecido, precisamente, aprovechando la coyuntura del encuentro, lo que habría dado una visión más completa del género, no sólo ante los ojos extranjeros, sino también ante los nacionales, lo cual hubiera contribuido de paso a hacer más vendible una variedad de teatro de por sí poco comercial.

Varias razones explicarían el resurgimiento de los títeres, que ya no se dedican exclusivamente a los niños, como bien nos mostraron los franceses. En primer lugar, y por contraste, la fatiga que sin duda muestra el teatro colombiano actual, en gran medida formalista y repetitivo, elitista y tal vez pretencioso, al querer a toda costa "transformar al hombre" (muchas veces a costa de sí mismo), revelándose así inevitablemente, como doctrinario. Los títeres, al contrario, dan la impresión de carecer absolutamente de pretensiones de cualquier clase, a no ser las estéticas, y eso, porque parece serles esencial más bien su carácter iconoclasta, burlón, informal, directo, popular. En su aparente frivolidad demuestran un auténtico gozo por el juego dramático y por toda creación libre de prejuicios, muy al revés del teatro en boga, que, dema-

siado a menudo, olvida ese gozo primordial puramente escénico que le es esencial. Otra razón sería que los títeres, en un país de tan escasos recursos para la cultura y con una población en general tan simple, representan una gran economía, no sólo en la ejecución, sino para la misma comprensión de un público "pobre de espíritu" (que raras veces el teatro ambiciona), con sus brevísimas piecillas, sus teatrinos móviles que se pueden colocar sin complicaciones en cualquier lugar, sus escasos "actores" (que nunca se convierten en *vedettes*, porque es más importante el muñeco), su lenguaje humilde pero hermoso, su desbordante imaginación pero sus sencillos argumentos y convenciones escénicas que el público acepta divertido.

La primera obra de la antología *El globito manual*, escrita por Carlos José Reyes, autor dramático ampliamente conocido, fue merecedora, en 1974, junto con *El hombre que escondió el sol y la luna*, de un primer premio de la Casa de las Américas, de Cuba. La pieza, con ejemplar sencillez y diáfana claridad, muestra cómo las manos que manipulan los títeres van creando un muñeco prácticamente de la nada, y es, en su franca desnudez, al presentarnos el hermoso proceso de la creación como una auténtica maravilla, una obrilla que, a mi juicio, en Colombia, inicia un nuevo concepto de los títeres. El teatro, en ese entonces, se interesaba ya en mostrar el proceso de la tramoya sin ocultar nada al público. El mismo concepto se traslada a esta pieza de títeres, en tal forma que se constituye en un éxito indudable: el globito se convierte en símbolo de la limpieza, de la honestidad.

